

## Tema de reflexión

## A propósito de los acontecimientos del 68 y de la juventud

Manuel Quijano Narezo

En octubre del año pasado se recordó, casi con demasiado entusiasmo, el movimiento estudiantil de 1968 y los acontecimientos políticos de la década de los sesenta en que, según algunos, se gestó el embrión de una nueva democracia, se cambió la mentalidad de las clases medias de México, se terminó la actitud conformista de la sociedad y se pudo vislumbrar la situación actual de partidismo activo y sumamente crítico. Se quiso presentar a ese movimiento como un suceso que cambió el destino del país.

No el año de 68 sino más bien toda la década, sí puede señalarse como un hito en varios aspectos: la revolución sexual con la aparición de la píldora anticonceptiva, el despertar muy virulento del feminismo, la declinación de los valores morales tradicionales, el resquebrajamiento de la institución de la familia, la búsqueda de paraísos artificiales con drogas, la aparición de rebeldías novedosas, como los hippies y los beatniks y otros fenómenos. Además, hubo acontecimientos muy destacados en muchas partes del mundo; los más comentados, los de París, Praga, Berkeley y México. En una palabra, cundió una actitud de rebeldía entre la juventud que descreía de los preceptos burgueses de la generación anterior y proponía nuevos conceptos.

No se trataba de un conflicto generacional —como seguramente se han vivido cada veinte años en toda la historia—, sino de una insurrección indignada contra la sumisión tradicional. Los filósofos de la generación, como Marcuse o McLuhan, o predicaban la rebelión, o sobrevaloraban la imagen que se proyecta y el medio utilizado para ello; hubo frases muy felices que se extendieron por todos lados, como aquella que el mundo es tan sólo una “aldea global”, o que “el medio es el mensaje” concediendo más importancia al aparato electrónico transmisor que al contenido teórico. La interpretación benévola es que todo ello reflejaba las dificultades experimentadas por los jóvenes para madurar adecuadamente y rehusaban adaptarse a normas tradicionales.

Volviendo al movimiento estudiantil del 68 al que se quiere presentar como el origen de todos los supuestos cambios positivos que vivimos en el momento actual, la demagogia habitual también lo redujo, por momentos, al 2 de octubre que, se propuso, sea convertido en día de luto nacional y se discutió si el ejército debe ser limpiado de toda

culpa. La verdad es que ese fue el triste, trágico, vergonzoso final de un movimiento que, si algo lo puede definir, fue el ser diferente, espontáneo, fresco y solidario; con mucho de romántico, de hermandad entre el IPN y la UNAM, la Normal Superior, Chapingo y universidades o colegios privados. Si se le compara con lo ocurrido en otros países queda debilitado pues en Francia, por ejemplo, se exigía una reforma del sistema universitario —francamente anquilosado—, en San Francisco, incorporaban en su protesta argumentos contra la guerra de Vietnam y la discriminación racial; era triste ver que en México, los seis puntos del manifiesto incluían cosas tan intrascendentes como la remoción de un jefe policiaco.

Por otra parte, la rememoración cayó en la insinceridad al reclutar manifestantes que no fueron protagonistas, unos por que no habían nacido y otros porque no fueron ni simpatizantes ni apoyadores. La verdad es que el movimiento del 68 fue mal comprendido por el gobierno, en primer lugar, pero igualmente incomprendido, ignorado o rechazado, por los partidos políticos (el comunista incluido), los sindicatos y los empresarios: fue sostenido —y sufrido— por la clase media, estudiantes y sus familiares.

Es más, fue incomprendido por sus propios participantes y dirigentes que después, en un tiempo cortísimo, se volvieron *excesivamente* razonables, aceptaron puestos en las filas antes represoras y, en la actualidad, ocupan puestos elevados en la burocracia.

De hecho, aunque no puedan atribuírsele al movimiento finalidades muy concretas, en el fondo sí se manifestaba la inconformidad contra la corrupción, el autoritarismo y los ejemplos deplorables que ofrecían algunos actos de gobierno desde décadas atrás. Los estudiantes protestaban “contra el gobierno”, le tenían odio, lo insultaban y querían a toda costa “ganar el round”, sin ir más allá. Fue un torpe error del gobierno lo que les dio una bandera: el bazucazo del 29 de julio fue la justificación para la actitud de defensa de la autonomía, que convirtió en beligerantes a las autoridades de la UNAM. Defendida con honor y acierto la autonomía universitaria quedaron, además, como resultados positivos: el despertar de la conciencia cívica y el ejemplo de que es posible unificar las voces ciudadanas alrededor de un propósito digno y común.

Pero ocurrió que, al lado de muchos aspectos encomiables, en la década de los 60 se generó otra actitud que persiste hasta los 90; actitud que se deslizó hacia conductas violentas, suicidas, de delincuencia y de toxicomanía; conductas menos positivas, más egoístas, evasionistas, que traducían deseos imperiosos de escapar de toda estructura y toda disciplina colectiva: algo más que impaciencia, que oposición a un conservadurismo de viejos, a un condicionamiento cultural caduco y de valores contradictorios.

Ser joven es estar en instancia de inserción social. Para nosotros, es pasar del proyecto a la realización profesional; es pasar de estar centrado en los contenidos del aprendizaje al trabajo mismo, a las satisfacciones de ejercer un oficio amado y escogido libremente. Es intentar lograr el *éxito*, pero definido como el equilibrio entre las aptitudes y las ambiciones, es el conciliar valores que nos fueron enseñados y que observamos vivenciados en la conducta de nuestros maestros.

El éxito ha sido siempre muy exigente y, siempre también, ha habido personas que le cambian el sentido: que buscan tan sólo seguridad, dinero, triunfos extraprofesionales, y no el orgullo de la responsabilidad, del amor al trabajo bien realizado característico de los médicos; quienes no consideran al trabajo una ocupación capaz de absorber toda la atención, el interés y la preocupación; que le confieren una significación parcial, un medio para arribar a otras metas. Y esto lleva a la desafección por la carrera, o la desvalorización del oficio.

Claro que esto puede tener múltiples causas, algunas de ellas y de mucho peso, de carácter externo, sociológico, demográfico, condicionadas por las características del mercado de trabajo. Pero también hay, con seguridad, causas internas, del individuo, que podrían derivar de la actitud de la juventud actual en el mundo entero, de tergiversación de los valores y de desconfianza de todo lo que representa el establishment.

No creo que deba darse total credibilidad a las estadísticas, pero tampoco es razonable ignorarlas. Julio Frenk y col. realizaron un análisis detallado del censo de 1990 y hallaron que el 19.4% de los médicos graduados no ejercen la profesión por tener otros intereses, por dedicarse a labores del hogar o emplearse en labores administrativas de la medicina o la farmacéutica. Hallaron, además, que un 13% adicional están subocupados pues tienen algún empleo institucional pero el resto del tiempo no ejercen la medicina. En otras palabras, existe una incertidumbre en cuanto al mercado de trabajo, hay desconfianza de eso que se llama la ley de la oferta y la demanda, pero hay también una débil motivación inicial, una falta de verdadera vocación y un error en centrar toda su propia satisfacción en el dinero y calificar así la noción de éxito.

No estoy seguro si realmente existe, en la juventud toda, una imposibilidad de conciliar apetitos contradictorios de seguridad y de desarrollo; de obtención de logros personales mediante el trabajo; no se si hay un "malestar cultural" (como decía Freud) en la juventud; si ha olvidado sus utopías y se refugia en la confusión de valores. Sí considero que, en el caso de los especialistas en ciertas ramas de la medicina y la cirugía, después de un muy largo aprendizaje, (que llega a ser de 6 a 8 años de posgrado), cuando se ve llegado a la vida productiva, no son los intrínsecos del oficio lo que lo van a sorprender, sino el monto de los emolumentos que percibirá, y que le harán reflexionar sobre una autonomía tan largamente esperada. Considero que fácilmente se puede poner en duda la excelencia de profesiones consideradas hasta ahora como nobles, independientes, de auto-desarrollo o, al menos, de ese mosaico de especializaciones que exigen una demasiado larga preparación.

Hasta donde sé, no hay mención en el Nuevo Testamento de las virtudes morales del trabajo, pero en toda la cultura occidental, se aposentó la idea calvinista, de sacralizarlo como en EUA. Nos hemos acostumbrado a concederle una gran importancia, a convertirlo en una obligación metafísica, a considerar que el que no trabaja no es un flojo, es un inmoral. Después, paradójicamente, el marxismo reforzó esa herencia cultural definiendo al trabajo como una obligación social imperativa, como un instrumento para la "edificación de la sociedad futura de abundancia y de justicia". Hoy en día, sería vano negarlo, el cristianismo impregna cada vez menos la mentalidad de los jóvenes estudiantes y, por otro lado, aunque se dicen interesados en lo socio-político, a menudo se les encuentra con un vacío filosófico total. Y parece que, con frecuencia, encuentran el trabajo desprovisto de toda nobleza y la obligación de realizarlo les es puramente utilitaria, para satisfacer necesidades reales de hoy o de mañana.

Tal vez es todo esto uno de los efectos menos graves de las crónicas crisis en que nos hemos habituado a vivir: la tergiversación del sentido económico y cultural de la seguridad, la promoción, el autodesarrollo y el éxito.

No se puede descartar la pregunta de si ¿tendremos acaso que llegar, en busca de la mejor adaptación de la juventud al mundo moderno, a que los adultos cambien totalmente sus hábitos educativos y, conscientes de las implicaciones psicológicas y éticas del pasado reciente, preparen a los jóvenes para un porvenir menos centrado en el trabajo? Habría que preparar algo también, para llenar temporalmente ese vacío moral tan inquietante.

Esperemos que los jóvenes, por naturaleza idealistas, con toda libertad e independencia, encuentren y revaloren la belleza de una profesión como la medicina y la satisfacción del esfuerzo por el trabajo bien realizado.